RINA CASTELNUOVO (THE NEW YORK TIMES)

El rabino Ovadia Yosef (de pie) habla para militantes ultraortodoxos. Junto a él, sentado, el rabino Isaac Kaduri.

Bibi y los rabinos

Los líderes ultraortodoxos judíos, clave de la política israelí

JAVIER VALENZUELA

Bibi Netanyahu le debe el cargo a un rabino centenario y milagrero llamado Isaac Kaduri. También se lo debe a los generales, colonos y militantes derechistas que hicieron campaña a su favor, pero sin la bendición del rabino Kaduri, Bibi no habría ganado las elecciones directas para primer ministro de Israel.

Aquella ceremonia, desarrollada ante una nube de fotógrafos y cámaras de televisión, le ganó al líder del Likud decenas y decenas de millares de votos. Kaduri, nacido en Marruecos hace 104 años y uno de los más venerados cabalistas de Israel, le otorgó el perdón por su vieja aventura extraconyugal con una asesora de imagen. Aceptando el arrepentimiento y propósito de enmienda del candidato derechista, tocado para la ocasión con una *kipa* o solideo, el rabino dio luz verde para que le votaran los *haredim,* los que temen a Dios, esos enlutados y barbudos caballeros que, a fin de evitar los términos *integristas* o *fundamentalistas,* el mundo conoce como judíos ultraortodoxos.

Decadencia moral

La verdad es que los ultraortodoxos tenían ganas de que los laboristas y sus aún más laicos e izquierdistas aliados del partido Meretz perdieran el poder. Incluso en la mismísima Ciudad Santa la vida empezaba a resultarles muy dura. La izquierda, por ejemplo, no había impedido la apertura en la Jerusalén judía de ese McDonald's donde se expenden hamburguesas con queso. Tan descarada violación de ese principio de la alimentación *kosher* que prohíbe consumir al mismo tiempo carne y productos lácteos les parecía un síntoma flagrante de decadencia moral.

El del McDonald's no era su único tormento en las vísperas de las elecciones del 29 de mayo. ¿Qué decir del Q Club, la discoteca de Jerusalén donde los viernes por la noche, al comienzo del *sabat,* se desfogan no ya sólo chicos con pendientes en la oreja y chicas en minifalda, sino un montón de travestidos? ¿Cómo soportar la pasividad de la policía ante la cantidad de coches que circulan por los barrios judíos de la Ciudad Santa en la jornada de reposo total prescrita por el Señor? ¿Cómo impedir el deseo laborista de entregar a los palestinos muchos lugares sagrados del judaísmo, quizá el Muro de las Lamentaciones?

Así que cuando Peres fue derrotado por Bibi, la alegría que se apoderó de Mea Sherarim, el gueto jerosolimitano de los *haredim,* fue cosa digna de ver. Los vecinos brincaban y cantaban en las calles como niños. No sólo había ganado su candidato, sino que los tres partidos religiosos que participaban en las elecciones parlamentarias celebradas el mismo día habían obtenido 23 de los 120 escaños de la Kneset, siete más que en la anterior legislatura.

Las gentes de Mea Shearim ya daban por clausurados el McDonald's y el Q Club de todos los pecados. Bibi no podría formar Gobierno sin el apoyo de los diputados de Shas, la Unidad del Judaísmo de la Torah y el Partido Nacional Religioso, y éstos le exigirían el cumplimiento de tales reivindicaciones. A no ser, claro, que el primer ministro electo traicionara a las fuerzas que le habían llevado al poder.

Con 10 diputados, cuatro más que en la anterior legislatura, Shas, un partido sólidamente implantado entre los judíos sefardíes —los procedentes de países árabes y mediterráneos—, fue la formación religiosa que obtuvo el mejor resultado el 29 de mayo. Ese día se convirtió también en la tercera fuerza parlamentaria de Israel, tras los laboristas y el Likud. Todo ello se debió en buena parte a la implicación personal en la campaña de Kaduri. La propaganda Shas exhibió hasta la saciedad el anciano rostro enmarcado por una afilada barba blanca y un sombrero fez de este cabalista, al que se le atribuyen capacidades tan milagrosas como la de predecir terremotos o convertir en fértiles a mujeres estériles.

Shas protagonizó uno de los más sonoros escándalos de la campaña israelí al distribuir como propaganda electoral casi medio millón de amuletos bendecidos por el rabino Kaduri. Confeccionados en forma de medallas para los individuos y de pegatinas para los automóviles, los amuletos prometían "salud, protección y fortuna" frente a "ataques terroristas árabes". El Meretz denunció ante el Comité Electoral Central que Shas estaba violando la ley israelí que prohíbe entregar regalos a cambio de votos. El Comité le dio la razón, pero era tarde: los amuletos corrían como la pólvora por los barrios ultraortodoxos.

Valores tradicionales

Si Kaduri participó en la campaña de Shas aportando su magia blanca, el rabino Ovadía Yosef, nacido en Bagdad hace 75 años, redactó el programa electoral. Según Yosef, Israel se ha convertido en un país dominado por las drogas, el alcohol, la promiscuidad sexual y el culto a las motocicletas y los automóviles de lujo. Frente a esta "plaga del hedonismo", el rabino propone el "arrepentimiento y el despertar", un regreso a los valores tradicionales del judaísmo. Descendiendo al detalle, Yosef insta a las mujeres casadas a que se corten el pelo al rape y cubran sus piernas con medias espesas.

Yosef fundó Shas (siglas en hebreo de Guardianes Sefardíes de la Torah) a comienzos de los ochenta. Su biógrafos oficiales alaban su "piedad, memoria e inteligencia fenomenales" y aseguran que es capaz de recitar sin error los textos bíblicos. En cualquier caso, lo que nadie le discute es su condición de político hábil.

A lo largo de los últimos tres lustros, Yosef ha convertido a los ultraortodoxos en la fuerza bisagra de la política israelí, haciendo y deshaciendo Gobiernos al apoyar alternativamente al Likud y a los laboristas.

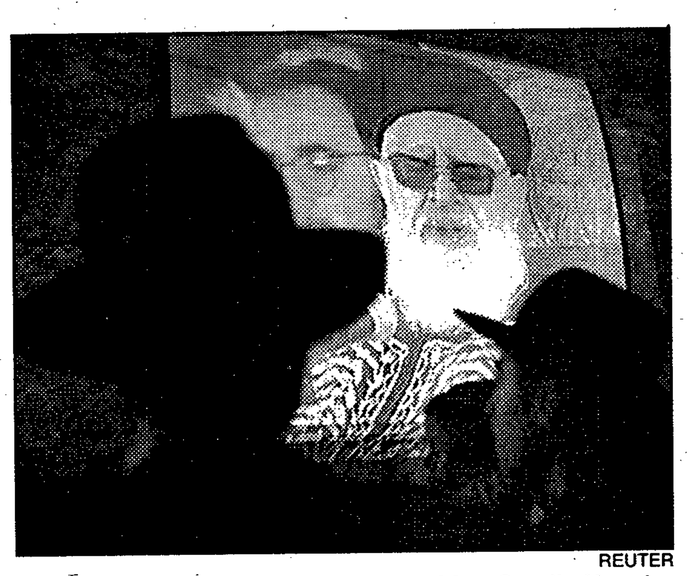
Ello le ha creado entre la mayoría laica una imagen de *trapichero.*

Ataviado con un turbante azul oscuro y una túnica negra con bordados dorados, cubriendo sus ojos con gafas oscuras y luciendo barba blanca, Yosef se desplaza por Israel en un helicóptero cedido por Shas, lo que le ha valido el sobrenombre de *El Rabino Volador.*

Los dos integrismos judíos

J. V.

El integrismo judío se divide en dos campos. Uno es el de los *haredim,* los enlutados que viven en guetos como Mea Shearim consagrados al estudio de los textos sagrados y observando estrictamente las reglas de la *halaka* o ley religiosa judía. Son unos 350.000 en todo Israel, muchos no se consideran sionistas, y están representados políticamente por dos formaciones: la sefardí Shas, que contará con 10 diputados en la Kneset, y la Unidad del Judaísmo de la Torah, de componente askenazi, que lidera el rabino Abraham Ravitz y que contará con cuatro diputados.



REUTER

Ultraortodoxos judíos escuchan al rabino Ovadia Yosef.

Menos pintoresco y abiertamente nacionalista y militarista es el campo de los partidarios del *Eretz Israel,* el Gran Israel bíblico, agrupados en torno al Partido Nacional Religioso, que obtuvo nueve escaños el 29 de mayo. Son esos ultraderechistas con vaqueros, *kipa* y metralleta que habitan las colonias judías en Gaza y Cisjordania. Algunos de los rabinos más influyentes en este movimiento llegaron a proclamar que, de acuerdo con la *halaka,* el asesinato de Isaac Rabin por Yigal Amir, uno de sus simpatizantes, era justo y necesario.

Los temores despertados por el proceso de paz han provocado un acercamiento entre los dos sectores del integrismo judío, que se ha ido concretando en el apoyo de la mayoría de sus *ayatorahs* —el nombre que dan los israelíes laicos a los rabinos fundamentalistas— al primer ministro Bibi Netanyahu.